

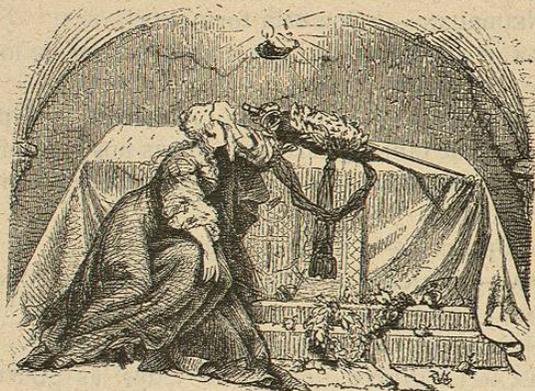
LA NEUBRUNN.—Pensad en lo que hacéis.

TECLA.—Lo he pensado todo.

LA NEUBRUNN.—Y cuando estemos allí ¿qué haremos?

TECLA.—Cuando estemos allí, Dios me inspirará.

LA NEUBRUNN.—¡Ah! señorita, pensad que ahora estais inquieta y angustiada, pero no hallaréis el reposo por ese camino.



TECLA.—Ah sí; el profundo reposo que encontró él. Vé, date prisa, y no me digas una palabra más. No sé qué irresistible fuerza me arrastra á su tumba. Allí me sentiré aliviada un instante: rotas las ataduras del dolor que me oprime, correrán un momento mis lágrimas. Vé; ya podríamos estar en camino tiempo há... No estaré tranquila mientras permanezca entre esas paredes, que parece van á desplomarse sobre mí, como si algo me empujara á fuera, ¡oh Dios mío!... ¿Qué es lo que siento?... Veo en todas partes sombras y fantasmas que no me dejan mover, y crecen en número, y su espantoso tropel arroja á los vivos de estos sitios.

LA NEUBRUNN.—¡Ah señorita!... ¡Qué ansiedad! ¡qué espanto!... Me da miedo seguir aquí; voy, voy á llamar á Rosenberg.  
(Vase).

## ESCENA XII

TECLA

Sí; me llama su espíritu; sus fieles soldados que se sacrificaron por él, acusan mi indigna tardanza... No han querido abandonar en muerte, á quien fué su jefe en vida... Esto hicieron ellos, ¡ellos de rudo corazón!... ¿Y he de sobrevivir yo? No. También yo tejí la corona de laurel que depusieron sobre su fêretro. ¿Qué es la vida sin la antorcha del amor?... Yo la rechazo, ya que perdió para mí todo su precio. Sí; grande era el que tenía, amado mío, cuando te vi por primera vez y alboré á mis ojos la dorada luz de un nuevo y brillante día: dos horas duró mi ensueño celestial. Al salir del convento, yo te hallé en el umbral del mundo, resplandeciente de luz, como mi ángel bueno que debía conducirme por la mano de mi inocente infancia á la cumbre de la vida. Mi primera sensación fué júbilo del cielo; mi primera mirada dió en tu corazón. (*Se detiene ensimismada en sus reflexiones, y luégo continúa como agitada por el terror*). Pero llega el hado, y con mano fría y cruel me arrebató á mi noble amigo, y lo arroja á los piés de los caballos. Tal es la suerte de cuanto bello existe en el mundo.

## ESCENA XIII

TECLA.—LA NEUBRUNN.—EL CABALLERIZO

LA NEUBRUNN.—Ya está aquí, señorita, dispuesto á hacer lo que le mandéis.

TECLA.—¿Quieres procurarnos caballos, Rosenberg?

EL CABALLERIZO.—Sí, señorita.

TECLA.—¿Quieres acompañarnos?

EL CABALLERIZO.—Hasta el fin del mundo.

TECLA.—Mira que luégo no podrás volver al servicio del duque.

EL CABALLERIZO.—Seguiré con vos.

TECLA.—Yo te recompensaré, y te recomendaré á otro amo. ¿Puedes sacarnos de la fortaleza secretamente?

EL CABALLERIZO.—Sí, señorita.

TECLA.—¿Cuándo podré salir?

EL CABALLERIZO.—Inmediatamente. ¿A dónde vamos?

TECLA.—Á... díselo, tú...

LA NEUBRUNN.—Á Neustadt.

EL CABALLERIZO.—Está bien; voy á disponerlo todo.  
(Vase).

LA NEUBRUNN.—¡Ah!... ¡vuestra madre!

TECLA.—¡Dios mío!

#### ESCENA XIV

Dichos.—LA DUQUESA

LA DUQUESA.—¿Ha salido ya? Te encuentro más tranquila.

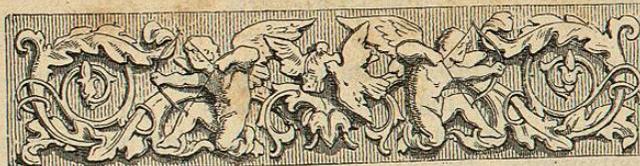
TECLA.—Sí, madre mía; permitidme que me retire ahora; la Neubrunn me acompañará; necesito descansar.

LA DUQUESA.—Ya lo creo. Salgo más consolada, porque podré tranquilizar á tu padre.

TECLA.—¡Adiós, pues, madre mía! (Se arroja en sus brazos y la abraza con viva emoción).

LA DUQUESA.—No estás aún tranquila del todo, hija mía... Si estás temblando, y te late el corazón con violencia!...

TECLA.—El sueño me calmará. Buenas noches, adiós, madre mía. (En el punto en que se desprende de los brazos de su madre, cae el telón).



#### ACTO V

#### ESCENA I

La habitación de Buttler

BUTTLER.—GERALDIN

BUTTLER

**G**LEGID doce dragones decididos y armadlos de picas, porque no hay que disparar ni un solo tiro; con ellos os apostaréis junto al comedor, y apenas se hayan levantado los mantales, entrad gritando: «¿Quién es aquí fiel al Emperador?» Yo volcaré la mesa, y entonces vos os echáis sobre ellos y asestáis el golpe. El castillo estará cerrado y guardado de manera que el príncipe no perciba el menor ruido. ¿Llamasteis al capitán Deveroux y Macdonald?

GERALDIN.—Estarán aquí al instante. (Se va).

BUTTLER.—Conviene darse prisa, porque los paisanos se declaran también por él, movidos de no sé qué espíritu vertiginoso que se apoderó de la ciudad. Para ellos el duque es un pacificador, el fundador de una